

PHILLIP CLAYBORN BRENNAN  
Mariana Figueroa  
.TXT VERSIÓN, 11/2017

Lo que sigue fue escrito para la revista electrónica Arte Suburbano, dirigida por Xime de Coster, que constó de cuatro ediciones aproximadamente durante el año 2011. En dicha revista yo publicaba bajo el seudónimo Artemisia Vulgaris una columna llamada "Los apócrifos", donde contaba anécdotas biográficas y "transcribía" textos de autores ficticios, en plan de satirizar el mundo literario y sus clichés. El siguiente texto, publicado en el tercer número, consta de variaciones hechas con el método patafísico sobre la anécdota del sueño de Coleridge, incluyendo poemas que versionan el "Kublai Khan" del susodicho Coleridge, "The hill" de Edgar Lee Masters y "Billie Jean" de Michael Jackson, cruzando referencias también al "Aullido" de Ginsberg, el *Romancero gitano* de García Lorca y algún giro tanguero.

“Profundo, iridescente, numinoso, subjuntivo es el mundo de los sueños. En la soterrada caverna de nuestra irrita conciencia, funambulescos ectoplasmas de lo vivido se conectan y copulan”. Así el mediocre escritor y académico mexicano Espéculo Funes comienza su famoso ensayo de dos párrafos sobre Phillip Clayborne Brennan, hasta ahora la única atención que le ha dedicado la crítica a este poeta romántico inglés, no obstante lo asombroso, no sólo de su obra, sino de su proceso creativo.

La historia que conocemos es la siguiente. Phillip Clayborne Brennan, nacido en Oldham, un pueblito del oeste de Inglaterra en 1778 e instalado a la sazón en Londres, cometió un aciago día de 1801 el error de ingerir una potente cantidad de welsh rabbitts y rematarla con cinco pipas de opio simultáneas a la lectura de un manual de cultivo de hortalizas. Dicha lectura no debe interpretarse como un chispazo pre-vanguardista de nuestro autor, sino de un intento de alimentarse correctamente plantando su propio huerto. Nos consta que la gran dedicación de Brennan a la poesía y a la planificación de sociedades utópicas tan de moda en aquellos tiempos le dejó muy poco tiempo para procurarse sustento material. La ingesta continua de hojas de papel con sus propias baladas épicas garabateadas en tinta china había minado su ya frágil salud. Los enormes dolores estomacales que sufría lo obligaron a redoblar su ya abundante consumo de opio. Con lo cual tenía aún menos dinero para procurarse alimento, y para colmo ya no le quedaban baladas épicas. De la producción de Brennan en este género durante sus primeros años, se conservan sólo dos piezas, las dos espantosas. Quien las lea, puede hacerse una idea de lo terribles que serían sus indigestiones. O quizá tal cosa sea inimaginable.

Lo cierto es que Brennan se durmió y tuvo una pesadilla horrenda. Soñó una ciudad con enormes edificios de hortalizas chorreadas de tinta china y sangre humana, que se abalanzaban sobre él y cada tanto mostraban dientes leoninos. En un momento, un rábano gigante estuvo a punto de ingerirlo, pero en lugar de ello escupió una tablilla de arcilla con un poema escrito. Brennan lo leyó y al despertar, lo recordaba por entero. Sin pensarlo dos veces, comenzó a escribirlo:

Cierto día, el gran rábano cruzó  
los anchos surcos para fundar el mundo.  
Donde el bróccoli ordena su sombra hacia el poniente  
e inclina sus fauces hacia el sabroso hijo de Adán  
que tiembla ofreciendo el aroma dulce de su carne  
la sombra del zapallo del placer cubre las amorosas coliflores.

Es una tierra sacra y catártica  
donde la verdura al fin demuestra su grandeza.  
Donde posee dientes quien sólo tenía  
suave pulpa para tiranía de los dentados.  
¡Quién sabía de la fiera majestuosa que escondían los espárragos!  
Es una ciudad vasta como la tierra que pisara un labriego sifilítico  
antes de supurar su último chancro vivo.

En un sueño vi a una berenjena flaca y flácida  
cubierta de verrugas como frambuesas  
que tañía una marimba desvencijada  
y carcomida por horripilantes polillas africanas...  
¡No quisiera jamás recordar su canto,  
si así pudiera llamársele..!

En ese momento Phillip Clayborne Brennan fue interrumpido por la visita inesperada de su tía Emma, quien venía desde muy lejos. Mientras la ayudaba con un par de maletas de alrededor de veinte kilos de peso cada una, el resto del poema empezó a borrarse lentamente de su memoria. “Aún así, antes de tomar el té con la tía Emma, podía verlo borrosamente, como el fondo de un charco

transparente cuando es opacado por las ondas del agua cuando cae una flor de ceibo. Pero cinco horas de charla sobre mis parientes en Oldham, sobre la ciática de mi abuelo Thomas, la lesión en el tobillo de mi primo Percy, la demencia senil de la abuela Cathy y un prolijo recuento de todos los velorios, bautismos, bodas y promociones de nuestro pueblo natal, acabó por borrar de mi memoria el recuerdo de la ciudad de las hortalizas asesinas. Nunca me quedó claro si para mejor o para peor.”

Pero hete aquí que tal charla tuvo el mismo efecto que el opio. Es decir: lo durmió. Su compañero de cuarto y de miserias, el pintor y grabador holandés Etienne Van Doren, aseguró en alguna ocasión que Brennan se despidió de la tía Emma e incluso la ayudó a cargar nuevamente las maletas hasta el hotel en el que se alojaba, en estado de total sonambulismo.

Lo que Brennan dice recordar es que “en algún momento empecé a entrecerrar los ojos mientras la tía Emma hablaba de los frecuentes ataques de acidez estomacal de mi padre, al cual habían prescrito una dieta compuesta exclusivamente de pan magro. Entonces soñé un cementerio. Cada muerto se levantaba de su tumba mostrándome un órgano de su cuerpo, aquel que había fallado hasta provocar su muerte. Quisiera decir que el segundo poema lo leí en una lápida, pero no: lo vi escrito con tinta china en un colon putrefacto por una intoxicación de pescado crudo.”

“Luego”, continúa Brennan, “me encontraba acostado sobre la mesada de la cocina como si me hallara en mi cama. Mi ropa terminó cubierta de las hediondas y añejas porquerías que suelen encontrarse en las pensiones de mala muerte habitadas por delincuentes, prostitutas y artistas pobres.”

Indolente ante su cada vez más evidente deterioro económico y humano, Phillip Clayborne Brennan se levantó de la mesada y comenzó a escribir el siguiente poema.

Resulta terriblemente injusta la total ignorancia de la crítica a este texto, aún teniendo en cuenta lo poco elegante de su presentación onírica. Dicha composición constituye quizá el antecedente más directo de al menos dos obras fundacionales de la poesía estadounidense del siglo XX.

¿Dónde fueron Edgard, Phileas, William,  
Maximilian, Roderick, James?

A uno le pudrió el hígado una cirrosis,  
a otro un cáncer de pulmón

el otro se cayó de un andamio y su cabeza impactó sobre una espiga de hierro que le

perforó el cerebro desde el ojo izquierdo con una gran lágrima de sangre subterránea que ha visto a las mejores mentes de su generación carcomidas por el reuma, por la neumonía, por los ataques de epilepsia, y sus tripas rezumando pus, hongos y gusanos carroñeros...

Como resultará notorio, este poema también se encuentra inconcluso. Pues ocurrió que Etienne Van Doren había vendido su primer cuadro en dos años. Apareció en la pensión con cuatro botellas de ginebra y dos muchachas de vida alegre para celebrar el acontecimiento. Brennan asegura que intentó lo más que pudo apartar su vista del escote de la muchacha que le tocaba y concentrarse en la visión onírica del poema escrito en el colon putrefacto, pero no pudo. Suponemos que existe poca gente en el mundo con autoridad moral para juzgar tal debilidad.

El caso es que apenas Brennan y Van Doren se encerraron en el cuarto con las dos muchachas, Brennan volvió a dormirse. Y Van Doren también, puesto que las casquivasas, ingeniosamente, depositaron una interesante dosis de láudano en la ginebra sin que ellos se dieran cuenta, lo cual no fue difícil dado su estado ético. Por supuesto que la finalidad era robarles.

Brennan sueña entonces con una selva húmeda y tupida, y dos monumentales senos femeninos emergiendo de entre el follaje. Atraído, Brennan mama del pezón derecho y de él emerge una mezcla de jugo de remolacha y tinta china. En un momento, el pezón escupe un hígado purulento. Brennan vomita y, quién sabe por qué, eleva su vista. Unos metros arriba de la aureola mamaria, distingue la figura de Etienne Van Doren, que con una suerte de prensa móvil graba un poema sobre la piel del pecho izquierdo.

Sabemos también que Van Doren se durmió en el preciso momento en que se disponía a realizar un cunnilingus y soñó con una vulva gigante impregnada de ostras en mal estado que lo devoraba, asfixiándolo. Si Van Doren hubiese sido escritor, podría haberse inspirado en este sueño para adelantarse al cuento “Quince centímetros”, de un famoso narrador norteamericano ya nombrado en esta columna. Pero como era pintor y grabador, pintó su obra maestra, titulada “El fin del universo”.

Brennan, pese a advertir el engaño de las casquivasas al despertarse (sus pocas pertenencias habían desaparecido, y Van Doren saltaba y aullaba como un loco por la ausencia de los únicos chelines obtenidos honradamente en mucho tiempo), simplemente se incorporó y comenzó a escribir.

Asombrosamente, la pieza resultante se hallaba compuesta en perfecto castellano. Cosa extraña, puesto que la única lengua ibérica que hablaba Brennan era el catalán. En realidad,

castellano perfecto hasta cierto punto, puesto que la mezcla entre el estilo de un cierto poeta granadino que ni siquiera era nacido, y un lunfardo rioplatense también inexistente ha despertado la atención de muchos expertos en fenómenos paranormales. Aún más asombrosa resulta la aparente alusión de un megahit de la música pop en la década de 1980.

Y yo me la llevé a la selva  
creyendo que era mozuela  
pero estaba embarazada  
del taita más guapo 'el pueblo.  
Para colmo, me endilgó  
el fardo del pequeñuelo.  
Billie Jean no es mi percanta  
aunque me cree su malevo  
y no es más que una atorranta  
pior que una perra en celo.

En el transcurso de la redacción, Van Doren se trasladó a un pequeño altillo que, a cambio de favores sexuales a la encargada de la pensión, utilizaba como atelier. Mientras Van Doren pintaba "El fin del universo", Phillip Clayborne Brennan, quien permanecía en su habitación escribiendo, fue nuevamente interrumpido.

En esta ocasión, se trataba de Phileas Charles Baker, antiguo compañero de aventuras editoriales y viejo enemigo de Brennan. Luego del clásico floreo inicial de estos encuentros, donde ambos midieron sus respectivos (y escasos) méritos profesionales, Baker le informó a Brennan que el motivo de su visita era estrictamente personal. Le preguntó si de casualidad no habría tenido algo con su novia, la actriz norteamericana Emmy Lou Tylor, puesto que ya se sabe lo rápido que corren los rumores en el ambiente literario. Brennan, ya aturdido de esa rutina de consumir opio, dormir y escribir extraños poemas sin poder terminar del todo de hacer ninguna de estas cosas, cometió el error de preguntarle a Baker si no se trataba de la casquivana rubia, de senos generosos, que había estado en su cuarto hacía un rato. La desgracia quiso que así fuera, y Brennan terminó nuevamente en estado de inconsciencia a causa de la brutal golpiza propinada por su rival.

Nuevamente, la enfebrecida maquinaria onírica del inconsciente de Brennan comenzó a

actuar. Soñó una tertulia literaria en casa de Baker, donde se hallaban reunidos todos los escritores ingleses del momento y de los siglos pasados. Lo particular era que cada uno llevaba una hortaliza de tamaño más o menos considerable emergiendo de su pubis como un enorme falo. Todos dialogaban animadamente, y al tiempo que se recitaban versos, rememoraban viejas anécdotas o debatían sobre temas literarios o cualquier asuntillo de actualidad, se aporreaban mutuamente con dichos vegetales. Algunos contaban con verdes y portentosos pepinos o mazorcas, otros se defendían apenas con un puerro marchito o un nabo triste, y otros poseían modestas pero no del todo desdeñables zanahorias. Brennan tenía unas ramas de apio, pequeñas pero versátiles. Cerca, se extendía un buffet con tinta china para beber y órganos humanos arruinados por alguna larga enfermedad para comer. Brennan se acerca, bebe una copa de tinta china verde y divisa unos turgentes y saludables senos femeninos en un plato de pulmones tumorados. Sin pensarlo, los come y su rama de apio se transforma un potente zuchini de cerca de medio metro. En ese momento, Baker, furioso, se lanza sobre él blandiendo un boniato de tamaño equivalente al del zuchini de Brennan. Pero cuando están a punto de trenzarse, perciben una enorme sombra cubriéndolos. Miran hacia arriba; el recinto ya no tiene techo y una gigantesca y reluciente berenjena parece comerse el cielo. En la berenjena, Brennan divisa, escrita con caracteres blancos, la inscripción "Greetings from Stattford" y un soneto endecasílabo.

Cuando la berenjena estaba a punto de aplastarlo, Phillip Clayborne Brennan se despertó en una lluviosa esquina londinense cubierto de sangre y moretones. Incapaz de hacer otra cosa, se encogió de hombros y comenzó nuevamente a escribir.